de una introducción de naturaleza conceptual, Vélez identifica los momentos principales de la que fuera quizá la región más influyente en la república durante buena parte del siglo XIX.

La segunda parte —a nuestro juicio, la más novedosa e interesante— toma el proceso desde otra perspectiva: la incorporación, como región autónoma, del Valle geográfico. Con agudeza, el autor muestra las peculiaridades de la crisis de los radicales en el Valle. Aquí el independentismo, si bien demandaba la regularización de las relaciones con la Iglesia, desarrolló una ideología laica en torno a la necesidad de las obras públicas y particularmente en relación con la construcción de vías de comunicación. Sintomáticamente, los órganos periodísticos más importantes, de comerciantes y políticos en el Valle, surgidos en este período, se denominaron El Telégrafo, en Palmira y El Ferrocarril, en Cali.

El programa de centralización política de los regeneradores coincidió con la perspectiva de desarrollo autónomo de los hombres de negocios del Valle y fue acogido con entusiasmo por ellos.

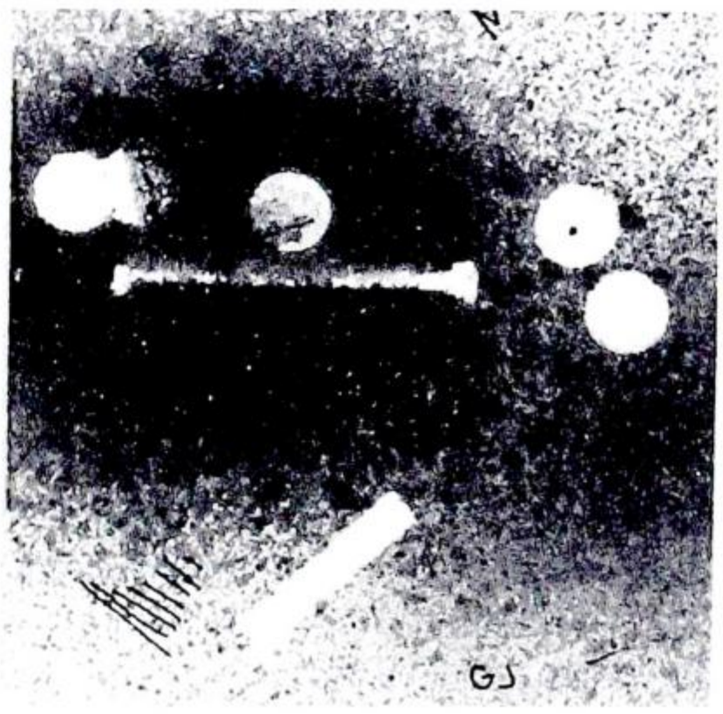
Por otro lado, el crecimiento agrícola de la región y las presiones que sobre ella descargaban las oleadas colonizadoras de la hoya del Quindío y el sur de Antioquia se conjugan, como documentadamente lo describe Vélez, para culminar a comienzos del siglo XX en la conformación del Valle como una región con peso económico indudable y con fisonomía política propia en el concierto nacional.

El último artículo que incluye el libro corresponde a Víctor Manuel Moncayo y se refiere al tema de la descentralización territorial en la Constitución de 1886. El de Moncayo es un tipo de análisis que se hizo típico en Colombia en los años setenta. Por fortuna, actualmente en las ciencias sociales en Colombia los énfasis no están puestos sobre el análisis de la "forma estado" o sobre la "lógica" de las instituciones. Sin prescindir de las inspiraciones metodológicas, hoy se abren más amplios espacios al sentido común y a la riqueza de la información en las explicaciones historiográficas.

Contiene el libro un valioso apéndice documental compuesto por artículos periodísticos, informes del vicepresidente Caro y de los ministros del despacho al Congreso, proyectos de ley, etc. Estos documentos corresponden a diversos años, entre 1881 y 1909, y están dedicados preferentemente a problemas fiscales monetarios y económicos en general.

El libro *Estado y economía en la Constitución de 1886* constituye, tanto por las investigaciones que presenta como por la documentación que reproduce, texto de obligada consulta para quienes se ocupan en la historia económica y política del país y de utilísima lectura para los profesores y estudiantes de cursos panorámicos de historia de Colombia.

MEDÓFILO MEDINA



Indigencia contada en millones

El pacto de lo imposible.
Fernando Bonell.
Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1987.

Este libro forma parte de la ya larga serie de documentos que ha generado la crisis de la deuda internacional que estalla en 1982 con la declaración de moratoria de México. Desde entonces han corrido ríos de tinta sobre el tema, pero el problema no ha podido ser resuelto. Ni siquiera se cuenta en este momento con una propuesta importante que aglutine algún apoyo político internacional para iniciar un proceso serio de solución. La única propuesta de alguna importancia que se había planteado hace algún tiempo —el plan Baker— ha fracasado. Estamos, pues, tan desprovistos de fórmulas viables en 1988 como fuimos sorprendidos en 1982. Sin embargo, el tema sigue siendo de actualidad, y de ahí la utilidad de este libro, que trae un acopio de informaciones útiles y de ideas sugestivas.

Bonell pone especial énfasis en el fracaso que han experimentado los organismos financieros internacionales en la solución de la crisis de la deuda. Y en esto no le falta razón: el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Banco Interamericano han contribuido a que América Latina se convierta en exportador neto de capitales. Esta actitud podría ser entendible en la banca comercial, que finalmente actúa con una óptica bancaria privada. Pero que los organismos financieros multilaterales que deberían haber tomado la iniciativa para desactivar la bomba de tiempo de la agobiadora deuda externa de estos países no lo hayan hecho, es realmente sorprendente. En su edición del 9 de febrero de 1988, el New York Times trae los siguientes cuadros estadísticos que no dejan dudas sobre el papel mediocre que han desempeñado el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial en la solución del problema. En 1987 la transferencia neta de recursos del Banco Mundial hacia los países en vía de desarrollo fue negativa en US$ 398 millones, y la del Fondo Monetario en US$ 400 millones. O sea: en vez de ayudar a solucionar el problema, lo han agudizado.

El itinerario mismo de la crisis de la deuda es indicio claro de la falta de liderazgo político de dichas entidades. Bonell trae un recuento pertinente que el dinamismo del tema ya ha

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

El cambiante aspecto del crédito del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional

Banco Mundial
—Millones de dólares—

Categoría	1985	1986	1987
Transferencias netas a paises en desarrollo	—3.013	—532	—398
Transferencias netas a los 15 paises en desarrollo más endeudados	—1.253	—288	—805
Transferencias netas totales*	—2.596	— 49	+350

Fondo Monetario Internacional
—Billones de dólares—

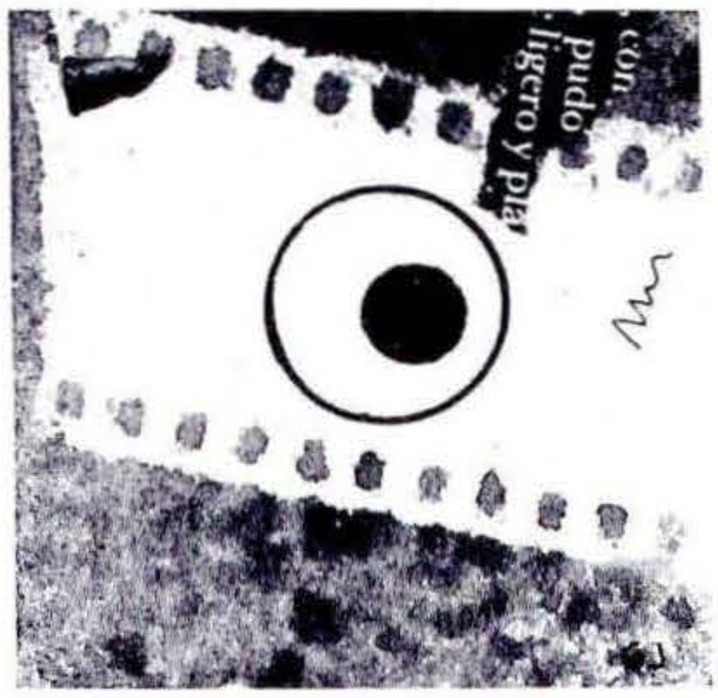
Préstamos netos	+ 5,8	+ 2,5	— 0,4
Pagos de intereses recibidos por el FMI	+ 2,8	+ 3,0	+ 3,1
Transferencias netas totales	+ 8,6	+ 5,5	+ 2,7

* Incluye la devolución de préstamos de paises considerados actualmente dentro de la categoria de industrializados, como Japón, Finlandia y Australia, y que por lo tanto no son elegibles dentro de los programas de asistencia del Banco Mundial.

Nota: Los valores positivos indican un ingreso neto para la entidad y los valores negativos un egreso neto.

Fuente: Banco Mundial. Publicado en The New York Times, 9 de febrero de 1988, articulo de Paul Lewis.

desactualizado. La crisis surge a la luz pública en 1982 con la noticia mexicana de la declaración de moratoria. Desde entonces, las soluciones que se ensayan son parciales, ad hoc, y buscan dilatar el problema sin que estalle la bomba. Se inicia el proceso de las reestructuraciones, que tiene como propósito prestar recursos a los paises para que atiendan su deuda, la cual se aplaza un tanto, pero sin



que ello signifique aportes frescos o adicionales para el desarrollo. Después vendrá la iniciativa del secretario Baker, en octubre de 1985, que contemplaba recursos frescos y adicionales para los países en vía de desarrollo aportados por la banca privada y por los organismos multilaterales de crédito. También fracasa: la banca privada se retrae definitivamente y los programas de capitalización de entidades como el Banco Mundial y el Banco Interamericano también se estancan, a causa principalmente de la intransigencia de los Estados Unidos. Después vendrá el anuncio de la suspensión del pago de intereses por parte del Brasil y la decisión de la banca internacional de iniciar la constitución de reservas para provisionar la deuda latinoamericana. Finalmente tenemos lo que se ha llamado las "soluciones menú" del problema de la deuda, o sea un abigarrado inventario de fórmulas parciales —de alcance limitado todas— que van desde los *swaps* para convertir préstamos por acciones hasta los bonos a veinte años que intentó sacar recientemente México para canjearlos por sus propias obligaciones.

Pero entre tanto los problemas de fondo de la deuda siguen allí, intactos, sin que nadie con autoridad y decisión política los haya encarado hasta el momento. ¿Cuáles son estos problemas? En primer lugar, el de las tasas de interés. Cerca del 80% de la deuda externa de América Latina está negociada a tasas flotantes. Cualquier variación al alza de las tasas de interés haría caer como castillo de naipes las fórmulas que hasta el momento se le han aplicado al problema. En segundo lugar, el de los flujos negativos de recursos que siguen succionando fondos de América Latina. Existen, claro está, iniciativas académicas para hacer frente a estos dos puntos de fondo. Pero hasta el momento ha faltado decisión política para afrontar un problema que es básicamente político, como bien lo ilustra Bonell.

Quisiera mencionar por último uno de los muchos aspectos estudiados por Bonell: el de los vínculos entre el armamentismo y la deuda externa. Según el autor, un tercio de los créditos internacionales otorgados a Latinoamérica tuvieron como objetivo la compra de armas. La proporción de por sí es sobrecogedora y acaba de ser confirmado por un completo estudio publicado en Le Monde Diplomatique del mes de marzo de 1988.

Lo triste de la deuda externa latinoamericana no es solamente que no tengan cómo pagarla los países deudores. Lo realmente dramático es lo poco que ha servido para su desarrollo. Prácticamente la mitad se invirtió en armas o simplemente nunca se invirtió, porque salió nuevamente de los países a través de la fuga de capitales. Y de la otra mitad, una buena parte se destinó a financiar programas de gastos públicos internos poco productivos o proyectos faraónicos de poca rentabilidad social. Si algún día el problema de la deuda encuentra una solución de fondo —lo que hoy en día, infortunadamente, no se otea en el horizonte—, no debe olvidarse que aun eso no bastará si las economías internas no se ponen en orden y si la fiebre de las armas no empieza a bajarle a este débil y maltrecho enfermo llamado Latinoamérica.

JUAN CAMILO RESTREPO S.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.